

Celebrábase el banquete en un salón ricamente adornado, de cuyo techo pendían preciosas lámparas que lo iluminaban profusamente, y arrancaban vivos destellos á las panoplias y arnaduras milanesas que adornaban los muros y los ángulos del salón. En el centro de éste y en derredor de una mesa opíparamente servida, sentábanse hasta quince hombres de rostro patibulario, y encendida la mirada por los vapores del vino. Unos, medios tumbados ya encima de la mesa, casi no se daban cuenta de lo que pasaba en torno suyo: los demás hablaban todos en confusa algarabía, lanzando atroces blasfemias y horribles carcajadas; manoteando, golpeando el suelo ó asiendo bruscamente á su vecino.

De pronto se abrió la puerta, cesó un momento el ruido, volvieron todos el rostro hacia ella, apareciendo el jinete de la capa. Un grito de entusiasmo resonó á su llegada, y doce brazos se alargaron brindándole otras tantas copas; pero él avanzó resuelto hasta medio salón, desembozóse pausadamente, dirigió una mirada en torno suyo, y dijo moviendo la cabeza:

—¡Bien! ¡Divertíos y dormid tranquilos, que ya despertaréis en las mazmorras!

—¡Bah! ¡quién piensa en eso! dijo uno de los comensales, volviendo desdenosamente la cabeza.

—¿Quién? El Delegado, respondió con firmeza el otro.

—¿Quién dices? preguntaron todos con ansia, dejando las copas en la mesa y medio incorporándose en sus asientos.

—Esta tarde fué cogido Pascual Colletta por las tropas del Delegado...

Palidecieron todos al oír esto, mirándose unos á otros llenos de asombro, y el recién llegado continuó:

—Y tienen orden las tropas de registrar este castillo.

Entonces el que presidía la mesa, encaráse bruscamente con el embozado, y dando un terrible puñetazo encima de la mesa, exclamó:

—*Per Bacco!* ¡que se atreve á mucho ese joven imberbe! Mas yo le enseñaré... Pero veamos que se puede hacer.

—Esperar aquí á las tropas, dijo uno.

—Sí añadió otro; encastillarnos, y pelear hasta morir ó vencer.

—Así no haremos más que retrasar nuestra ruína, y lo que importa es evitar el rayo que nos amenaza. Hay que ver al Delegado y ganárselo á fuerza de oro, de súplicas ó de amenazas, y esto señor, solo vos podéis hacerlo, concluyó haciendo una cortesía al hombre del puñetazo.

—Y lo haré, ¡voto á...! Mañana mismo le hablaré para que nos deje en paz y nos suelte á Pascual Colletta.

—¿Y si resiste? preguntó uno.

—Ya se guardará de hacerlo, respondió el interpelado; que buenas influencias tengo en Roma para cortar á ese joven su carrera, hundiéndole en el polvo para siempre.

Un *¡bravo!* general fué la respuesta, y luego continuó la orgía.

(*Se concluirá.*)